

años y no pasen de seis, procurando que estén sanas y bien criadas.

Se cortan las ramas para plantarlas, metiendo en la tierra la parte más gruesa. Algunos autores—Mr. Isnard y otros—son partidarios de que se torza la parte de la rama que se planta, pero la experiencia ha demostrado que no es necesaria esta operación, la que pudiera ser perjudicial quizás, efecto de que la torcedura mortifica y separa las fibras vegetales por donde há de circular la sávia.

Cuando ya están preparadas las estacas, se hacen los surcos, y en ellos se entierran lo mismo que se hace con los sarmientos para plantar los viñedos; se introducen ocho ó diez pulgadas en la tierra, preparando esta con buena estiércol, y se pisa después para que quede compacta.

Hecha esta operación, se cortan las extremidades de las ramas que quedan fuera, sin dejar á cada una de ellas más de dos ó tres botones.

Téngase cuidado de regarlas con frecuencia, hasta que se presume racionalmente que han echado raíces, y entonces se podan, entreteniendo el plantel y cuidándolas como se hace con las moreritas procedentes de la semilla.

La propagación de las moreras, por medio del injerto, no se hace solo por multiplicar la especie sino por mejorarla, según viene enseñando una experiencia no interrumpida.

La hoja de morera, precedente de injerto, es mucho más conveniente para la cría del gusano.

El injerto es, de todas las operaciones campestres, la más curiosa y admirable, porque del mismo modo convierte un árbol en bueno que en malo, según la pericia del que la ejecuta.

Injertar un árbol, es introducirle una rama pequeña ó un botón á que se dá el nombre de injerto. Este se incorpora en aquél recibiendo de él el alimento y la vida; y el efecto de esta operación (después de cortar del árbol todas las ramas que no se injerten) es transferir sus frutos mejorándolos. Esta operación es maravillosa. Con solo un botón, como un grano de trigo, se puede convertir el árbol más corpulento en otro de diferente especie.

